

---

## INSTITUCIONES, INSTITUCIONES, INSTITUCIONES

*Por qué fracasan los países. Los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza*

Daron Acemoglu y James A. Robinson

Bogotá: Editorial Planeta, 2012, 589 p.

El problema central que estudia la economía como ciencia social es el crecimiento económico, los cambios en el bienestar material de los países en el largo plazo. ¿Cuáles son las causas de la prosperidad? Y, más al grano, ¿por qué algunos países se desarrollan y otros no? ¿Qué factores explican la Gran Divergencia — la desigual propagación internacional de la Revolución Industrial durante los últimos doscientos años? En 2009, el país más rico del mundo, Noruega, tenía un PIB real por habitante 490 veces mayor que el del más pobre, la República Democrática del Congo (*The Economist*, 2012, p. 26). ¿Por qué existen estas enormes diferencias?

Con base en la teoría y en numerosos ejercicios empíricos sabemos que el crecimiento económico tiene como causas directas el cambio tecnológico, el capital humano, los niveles de inversión y la asignación de recursos. Pero, ¿por qué algunos países son innovadores, tienen sistemas educativos de calidad, generan altos niveles de inversión y asignan sus recursos con relativa eficiencia? ¿Por qué otros no? ¿Cuáles son, en otras palabras, las causas ulteriores del crecimiento a largo plazo?

El tema ha dado lugar, desde hace varios años, a un interesante y agitado debate centrado en la geografía, la cultura y las instituciones como factores determinantes. La hipótesis geográfica tiene varias versiones. Para algunos, en forma prominente Jeffrey Sachs (2001), de la Universidad de Columbia, los países desarrollados se concentran en las zonas templadas del planeta porque en el trópico el clima y las enfermedades endémicas, en especial la malaria, minan la productividad del trabajo y los suelos no son por lo general aptos para la agricultura productiva. En otra versión de la hipótesis geográfica, Jared Diamond (2007), de la Universidad de California, sostiene que las desigualdades intercontinentales tienen su remoto origen en las diferentes dotaciones de plantas y animales, que han influido en la productividad agrícola.

Otra hipótesis se refiere a la influencia de la cultura — las creencias, los valores y la ética de la sociedad — sobre las actitudes de las personas hacia el trabajo, la innovación y, en general, los incentivos del mercado. La más célebre de estas teorías es

la del sociólogo alemán Max Weber, para quien la Reforma Protestante del siglo XVI generó un cambio de actitudes hacia el trabajo, el estudio y la acumulación de riqueza que contribuyó decisivamente al surgimiento de la sociedad moderna en Europa Occidental. La versión más reciente de esta línea de pensamiento es la controvertida obra de David Landes, *La riqueza y la pobreza de las naciones* (1999), una entusiasta defensa del «eurocentrismo» cultural.

Según Daron Acemoglu, de MIT, y James Robinson, de la Universidad de Harvard, todas estas son «teorías que no funcionan». El argumento central de *Por qué fracasan los países* es que el desarrollo y la riqueza dependen de la calidad de las instituciones:

Cada sociedad funciona con una serie de reglas políticas y económicas creadas e impuestas por el Estado y los ciudadanos colectivamente. Las instituciones económicas dan forma a los incentivos económicos: los incentivos para recibir una educación, ahorrar e invertir, innovar y adoptar nuevas tecnologías... [Pero] aunque las instituciones económicas sean críticas para establecer si un país es pobre o próspero, son la política y las instituciones políticas las que determinan las instituciones económicas que tiene un país.

Los países prósperos, según Acemoglu y Robinson, son aquellos cuyos sistemas políticos abiertos logran crear instituciones económicas inclusivas, es decir, pluralistas, que «permiten y fomentan la participación de las grandes masas en actividades económicas que hacen el mejor uso de sus talentos y destrezas y que les permiten a los individuos libertad de escoger». Por el contrario, las instituciones extractivas son aquellas controladas por élites que extraen recursos de otros grupos de la sociedad y que impiden procesos de crecimiento sostenidos en el largo plazo. Ejemplos de las primeras son las democracias capitalistas de Occidente y, más recientemente, países como Japón y Corea del Sur. Las segundas han sido casi la norma a lo largo de la historia y abarcan desde los imperios de la Antigüedad y la Europa feudal hasta el sistema colonial español en América y las dictaduras de derecha e izquierda del siglo XX.

Los regímenes con instituciones extractivas, de hecho, pueden generar algún crecimiento económico durante un tiempo. Pero es un crecimiento no sostenible y propenso a colapsar. «El crecimiento sostenido requiere de la innovación,» escriben Acemoglu y Robinson, «y la innovación no puede ser desligada [del concepto schumpeteriano] de la destrucción creativa, que reemplaza lo viejo por lo nuevo

en el ámbito económico y también desestabiliza las relaciones de poder en la política». Por esta razón las instituciones extractivas, dominadas por élites, son incompatibles con el crecimiento a largo plazo. China, el país de más rápido crecimiento de nuestro tiempo, lo está haciendo con instituciones extractivas, bajo el control autoritario del Partido Comunista, que ejerce un monopolio del poder y que ha reasignado recursos masivamente para producir un crecimiento a tasas sostenidas sin precedentes. Pero, argumentan, ese crecimiento no es sostenible — como no lo fue el de la Roma Imperial o el de la extinta Unión Soviética — porque no fomenta la destrucción creativa esencial para la innovación y el aumento de los ingresos.

*Por qué fracasan los países* es un extenso resumen de muchos años de investigaciones pioneras de Acemoglu y Robinson, varias de ellas con Simon Johnson, también de MIT, quien no participó en este libro. Individualmente o en equipo, los tres han producido algunos de los más sólidos y difundidos trabajos de investigación empírica sobre las instituciones y el crecimiento a largo plazo (véanse, por ejemplo, Acemoglu, Johnson y Robinson, 2001, 2002 y 2005). El libro es, ante todo, la ambiciosa obra de dos científicos sociales muy seguros de sus análisis y conclusiones. El título es casi una sentencia y la descripción del contenido es también sentenciosa. El Capítulo 13, por ejemplo, versa sobre «instituciones, instituciones, instituciones». Esta es historia y ciencia social vigorosa y rotunda en pantalla gigante. No caben aquí argumentos tímidos o aun matizados para mostrar que, sin duda alguna, la causa ulterior del crecimiento se reduce al marco institucional político y económico.

La obra está dirigida a un público general y está escrita en una prosa clara y ágil (a pesar de una traducción al español a veces poco fluida), sin fórmulas matemáticas, citas bibliográficas o notas de pie de página. El lector se pasea por los más diversos episodios de las historias de la Antigüedad, de Venecia en el Medioevo, de la mita y la encomienda españolas en América, del sistema esclavista y la discriminación racial en los Estados Unidos, de la historia de Etiopía, del despegue del Japón a fines del siglo XIX y de las dos Coreas en la segunda mitad del siglo pasado. El Capítulo 5, por ejemplo, trata de «qué tenían en común Stalin, el rey Shyaam, la revolución neolítica y las ciudades-Estado maya y cómo explica esto que el éxito económico actual de China no puede durar».

El ambicioso alcance de *Por qué fracasan los países* es, a la vez, su mayor cualidad y su principal defecto. La calidad de las instituciones es, sin duda, un elemento fundamental para explicar por qué algunos países crecen en forma sostenida y otros

no. Su importancia relativa, sin embargo, es un problema empírico no resuelto en su totalidad – como difícilmente puede serlo en las ciencias sociales. En consecuencia, es un tanto audaz la forma contundente en que Acemoglu y Robinson descartan, por ejemplo, las hipótesis geográfica y cultural. El crecimiento económico – y, en particular, las condiciones que lo promueven – es el resultado de un complejo de factores, muchas veces interrelacionados, que difícilmente se pueden reducir a modelos monocausales.

El argumento de Acemoglu y Robinson es tan amplio que la forma en que se sustenta suscita dudas. Los innumerables ejemplos históricos que emplean son eso, ejemplos para ilustrar su punto de vista, en vez de evidencia para demostrar su validez. Hace poco le escuché decir al historiador económico español Gabriel Tortella, en una conferencia en Cartagena, que *Por qué fracasan los países* es un libro de «historietas» escrito por «fundamentalistas». Quizás exageraba, pero sí es cierto que, con frecuencia, el lector de esta vivaz obra se lleva la sensación de que los autores acomodan a su argumentación los casos históricos de que echan mano. En el caso de Roma, por ejemplo, Acemoglu y Robinson dividen un tanto nítidamente la historia entre la República (con varias instituciones inclusivas) y el Imperio (con extractivas), y sostienen que, bajo la primera, hubo más prosperidad. Pero sabemos que la llamada Pax Romana, bajo el Imperio, a principios de la Era Cristiana, fue un largo período de unos doscientos años de gran empuje económico, gracias a la protección de las legiones romanas y al auge del comercio mediterráneo. Otro caso es, de nuevo, la China contemporánea. En efecto, China tiene un sistema extractivo: no hay libertades políticas, el sistema judicial es un apéndice del Partido Comunista, los derechos de propiedad son inseguros. Y, sin embargo, es un país que ha logrado crecer durante más de 30 años a tasas promedio de alrededor de 10% anual. No es muy satisfactorio señalar a guisa de explicación que, como esto ha ocurrido bajo instituciones extractivas, tarde o temprano se vendrá abajo.

Reducir la historia económica de todos los tiempos a los perjuicios de las instituciones «extractivas» o a las bondades de las «inclusivas» es un tanto simplista, aunque, precisamente por eso, el argumento tiene enorme atractivo. Pero el problema de siempre con las generalizaciones históricas es que se ven obligadas a examinar épocas muy disímiles con categorizaciones similares que no necesariamente son pertinentes. Me pregunto, por ejemplo, si es válido darles el mismo peso causal a las instituciones extractivas e inclusivas antes y después de la Revolución Industrial, cuando se generó un quiebre histórico en la senda de crecimiento del

mundo, un proceso sin precedentes de cambio tecnológico rápido y acumulativo que, a su vez, fomentó procesos de destrucción creativa también sin precedentes. Dudo que se puedan meter en un mismo saco la República Romana y la Inglaterra decimonónica, o la Venecia de la Alta Edad Media y el Singapur de hoy. De otra parte, si, como sostienen Acemoglu y Robinson, se puede dar crecimiento bajo instituciones extractivas, es posible que la causalidad se dé al revés: que la limitada destrucción creativa genere una transición hacia instituciones inclusivas que promuevan el crecimiento sostenido. Este es el caso de países contemporáneos de gran prosperidad como Corea del Sur y Taiwan.

Otro problema se refiere a los conceptos mismos de instituciones inclusivas y extractivas y a sus orígenes. ¿De dónde provienen las buenas instituciones? ¿Cómo se forjan? Más aún, ¿en qué consisten? *Por qué fracasan los países* versa más sobre los efectos de instituciones buenas o malas que sobre sus orígenes, y menos sobre qué hace que las instituciones inclusivas sean acatadas y, por lo tanto, funcionen. En estos aspectos, numerosos trabajos muestran que la geografía y la cultura no son irrelevantes.

La mayoría de los países del mundo son una combinación de ambas. ¿Cómo podemos determinar qué causa el crecimiento — más instituciones inclusivas, menos extractivas? Sobre Colombia, por ejemplo, Acemoglu y Robinson dicen lo siguiente:

Aunque Colombia tiene una larga historia de elecciones democráticas, no tiene instituciones inclusivas. Su historia ha estado marcada por violaciones de libertades civiles y guerra civil. No es el tipo de resultados que se esperan de una democracia... Colombia no es un caso de un estado fracasado al borde del colapso. Pero es un país sin suficiente centralización y con una autoridad en todo el territorio que está lejos de ser completa.

Ello puede ser cierto, así como también lo puede ser que «muchos aspectos de las instituciones políticas y económicas [en Colombia] han pasado a ser más inclusivos con el tiempo». Pero tendríamos que acudir a explicaciones complementarias a la institucional para determinar por qué Colombia tuvo a lo largo del siglo xx un crecimiento, no extraordinario pero sí sostenido, que quintuplicó el ingreso real de sus habitantes.

No obstante estos reparos, las tesis de Acemoglu y Robinson son, sin duda, válidas en un sentido amplio. Aunque es totalmente aventurada la generalización

sin sustento de Diamond (2012), quien en una reseña del libro afirma que «[las instituciones inclusivas] quizás explican en un 50% las diferencias de prosperidad entre países», es claro que la calidad del marco institucional y los incentivos que genera son ingredientes fundamentales para la prosperidad sostenida. *Por qué fracasan los países* ofrece una interesantísima macro visión de un vital problema contemporáneo. Y da, además, un válido campanazo de alerta sobre por qué muchas veces fracasan las políticas de desarrollo mejor intencionadas: «Intentar forjar prosperidad sin confrontar la raíz de los problemas – las instituciones extractivas y las prácticas políticas que las sostienen – es probable que no dé frutos».

*Por qué fracasan los países* es una entusiasta defensa de la democracia y del capitalismo. Ha sido, con razón, un éxito editorial en los Estados Unidos. Su lectura es imprescindible para políticos, educadores, estudiosos de las ciencias sociales y, en general, todo aquel que se interese por la historia y el desarrollo económicos.

HAROLDO CALVO STEVENSON  
Universidad Tecnológica de Bolívar

## REFERENCIAS

- Acemoglu, Daron, Simon Johnson and James A. Robinson (2001), «The Colonial Origins of Comparative Development: An Empirical Investigation», *American Economic Review*, 91. También publicado como «Los orígenes coloniales del desarrollo comparativo: Una investigación empírica», *Revista de Economía Institucional*, Vol. 7, No. 13, segundo semestre de 2005.
- Acemoglu, Daron, Simon Johnson and James A. Robinson (2002), «Reversal of Fortune: Geography and Institutions in the Making of the Modern World Income Distribution», *Quarterly Journal of Economics*, 118.
- Acemoglu, Daron, Simon Johnson and James A. Robinson (2005), «Institutions as the Fundamental Cause of Long-Run Growth» en Philippe Aghion and Steven Durlauf, eds., *Handbook of Economic Growth*, Amsterdam, North-Holland. También publicado por el Centro de Estudios sobre Desarrollo Económico, Facultad de Economía, Universidad de los Andes, *Documentos CEDE*, No. 33, septiembre de 2004.
- Diamond, Jared (2007), *Armas, gérmenes y acero*, Bogotá: Debolsillo
- Diamond, Jared (2012), «What Makes Countries Rich or Poor?», *The New York Review of Books*, June 7.

- Landes, David (1999), *La riqueza y la pobreza de las naciones*, Barcelona, Editorial Crítica
- Sachs, Jeffrey D. (2001), «Tropical Underdevelopment», NBER Working Paper No. 8119, Cambridge, Mass., February
- The Economist* (2012), *Pocket World in Figures*, 2012 Edition, London: Profile BooksLtd.